Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!

Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO



Beatrix Potter

# El cuento de Benjamin Conejo

Una mañana, un conejito se sentó en un banco.

Aguzó el oído y escuchó el trit-trot, trit-trot de un poni.

Por el camino venía un coche conducido por el señor McGregor, y a su lado iba la señora McGregor con su mejor sombrero.

En cuanto pasaron, el pequeño Benjamín Conejo se deslizó por el camino y se puso en marcha, dando saltitos y brincos, para ir a ver a sus parientes, que vivían en el bosque, al fondo del jardín del señor McGregor.

Aquel bosque estaba lleno de madrigueras de conejos, y en la más limpia y arenosa de todas vivían la tía de Benjamín y sus primos: Blopsy, Mopsy, Cola de algodón y Peter. La vieja señora Conejo era viuda y se ganaba la vida tejiendo mitones y manguitos de lana de conejo (una vez compré un par en un bazar). También vendía hierbas, té de romero y tabaco de conejo (que es lo que nosotros llamamos lavanda).

El pequeño Benjamin no tenía muchas ganas de ver a su tía.

Dio la vuelta por detrás del abeto y estuvo a punto de caer encima de su primo Peter.

Peter estaba sentado solo. Tenía mal aspecto y vestía un pañuelo rojo de algodón.

"Peter", dijo el pequeño Benjamin, en un susurro, "¿quién tiene tu ropa?".

Peter respondió: "El espantapájaros del jardín del señor McGregor", y describió cómo le habían perseguido por el jardín y se le habían caído los zapatos y el abrigo.

El pequeño Benjamín se sentó junto a su primo y le aseguró que el señor McGregor había salido en un bólido, y la señora McGregor también; y desde luego para ese día, porque llevaba puesto su mejor bonete.

Peter dijo que esperaba que lloviera. En ese momento se oyó la voz de la vieja señora Conejo dentro de la madriguera, llamando: "¡Cola de algodón! Cola de algodón, trae más manzanilla". Peter dijo que pensaba que se sentiría mejor si salía a dar un paseo.

Se alejaron cogidos de la mano y subieron a la parte plana del muro, al fondo del bosque. Desde allí miraron hacia el jardín del señor McGregor. El abrigo y los zapatos de Peter se veían claramente sobre el espantapájaros, coronado por un viejo tam-o'-shanter del señor McGregor.

El pequeño Benjamín dijo: "Estropea la ropa de la gente pasar por debajo de una puerta; la forma correcta de entrar es trepar por un peral".

Peter se cayó de cabeza, pero no tuvo importancia, ya que el lecho estaba recién rastrillado y era bastante blando. Se había sembrado de lechugas. Dejaron muchas huellas extrañas por toda la cama, sobre todo el pequeño Benjamin, que llevaba zuecos.

El pequeño Benjamín dijo que lo primero que había que hacer era recuperar la ropa de Peter, para poder utilizar el pañuelo de bolsillo.

Se los quitaron al espantapájaros. Había llovido durante la noche; había agua en los zapatos, y el abrigo estaba algo encogido.

Benjamin se probó el tam-o'-shanter, pero le quedaba grande.

Luego sugirió que llenaran el pañuelo de cebollas como regalo para su tía.

Peter no parecía divertirse; seguía oyendo ruidos.

Benjamín, por el contrario, estaba perfectamente en casa y se comió una hoja de lechuga. Dijo que tenía la costumbre de ir al huerto con su padre a por lechugas para la cena del domingo. (El nombre del papá del pequeño Benjamín era el viejo Sr. Benjamín Conejo). Las lechugas eran ciertamente muy finas.

Peter no comió nada; dijo que le gustaría irse a casa. Al rato se le cayó la mitad de las cebollas. El pequeño Benjamín dijo que no era posible volver a subir al peral con una carga de verduras. Se dirigió audazmente hacia el otro extremo del jardín. Avanzaron por un caminito de tablas, bajo un soleado muro de ladrillos rojos. Los ratones se sentaban en los umbrales de sus casas a partir huesos de cereza; guiñaban el ojo a Peter Conejo y al pequeño Benjamín Conejo.

Peter volvió a soltar el pañuelo de bolsillo.

Se metieron entre macetas, marcos y tinas. Peter oía ruidos peores que nunca; ¡tenía los ojos grandes como piruletas!

Estaba uno o dos pasos por delante de su primo cuando se detuvo de repente.

¡Esto es lo que vieron esos conejitos al doblar la esquina!

El pequeño Benjamin echó un vistazo y, en medio minuto menos que nada, se escondió con Peter y las cebollas debajo de una gran cesta.....

La gata se levantó, se estiró y se acercó a olisquear la cesta.

Quizás le gustaba el olor a cebolla.

De todos modos, se sentó encima de la cesta.

Estuvo sentada allí durante cinco horas. No puedo haceros un dibujo de Peter y Benjamín debajo de la cesta, porque estaba muy oscuro, y porque el olor de las cebollas era espantoso; hacía llorar a Peter Conejo y al pequeño Benjamín.

El sol se ocultaba tras el bosque y ya era tarde, pero el gato seguía sentado sobre la cesta.

Al final se oyó un pitido, un pitido, y algunos trozos de mortero cayeron de la pared de arriba. El gato levantó la vista y vio al viejo Sr. Benjamin Conejo haciendo piruetas a lo largo del muro de la terraza superior.

Fumaba una pipa de tabaco de conejo y tenía un pequeño interruptor en la mano.

Buscaba a su hijo.

El viejo Sr. Conejo no tenía ninguna opinión sobre los gatos. Dio un tremendo salto desde lo alto de la pared sobre el gato, lo apartó de la cesta y lo pateó hasta el invernadero, arrancándole un puñado de pelo.

El gato estaba demasiado sorprendido para volver a rascarse.

Cuando el viejo Sr. Conejo hubo metido al gato en el invernadero, cerró la puerta con llave.

Luego volvió a la cesta, sacó a su hijo Benjamín de las orejas y lo azotó con la pequeña vara.

Luego sacó a su sobrino Peter.

Luego sacó el pañuelo de cebollas y salió del jardín.

Cuando el Sr. McGregor regresó media hora más tarde, observó varias cosas que le dejaron perplejo. Parecía como si alguien hubiera caminado por todo el jardín con un par de zuecos, sólo que las marcas de los pies eran ridículamente pequeñas. Tampoco entendía cómo la gata había podido encerrarse en el invernadero, cerrando la puerta por fuera.

Cuando Peter llegó a casa, su madre lo perdonó, porque se alegró mucho de ver que había encontrado sus zapatos y su abrigo. Cola de Algodón y Peter doblaron el pañuelo de bolsillo, y la vieja señora Conejo ensartó las cebollas y las colgó del techo de la cocina, con los manojos de hierbas y el tabaco de conejo.

¡Fin!